

Falta identitaria Latinoamericana: El rostro extraño de sí mismo.

Ana Carol Aldapi Vaquera.

Cita:

Ana Carol Aldapi Vaquera (2019). *Falta identitaria Latinoamericana: El rostro extraño de sí mismo*. XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-030/1442>



Falta identitaria Latinoamericana: El rostro extraño de sí mismo

Ana Carol Aldapi Vaquera

Resumen

El siguiente artículo busca entender la falta de identidad en la que se ve sumergido el latinoamericano en sus diversas manifestaciones culturales, sociales y políticas. Se realizó un estudio de análisis respecto a la modernidad, y las repercusiones que sus fundamentos – todo aquello que representa lo moderno y lo no moderno – y respecto a la enajenación de las diversas culturas provenientes del Sistema Sur. El dilema de modernidad-colonialidad –estudiado por Anibal Quijano, en su texto *Colonialidad del poder*– profundiza el concepto de sub-alternidad, se considera la naturaleza de la modernidad y su relación con la colonialidad, que son abstraídos a través de los saberes provenientes desde Europa y, por tanto, la subjetividad sería producida de una constante colonialidad desde Europa. Por ello, la pregunta a responder respecto a la sub-alternidad es planteada desde la inferioridad del otro, y ¿Por qué sería la representación de colonialidad y la sub-alternidad generarían imágenes de incompletitud en el latinoamericano? Para responder a la problemática, la metodología utilizada fue cualitativa. El estudio llegó a la consideración que comprende a la hermenéutica como determinante de la incompletitud de las culturas, y la construcción de una nueva identidad, que busca consumir esa incompletitud, manifestada en la capacidad de absorber todo lo extranjero y adaptarlo para construir una identidad compleja.

Palabras clave

Identidad, Latinoamericano, Modernidad, Sub-alternidad, Colonialidad.

Introducción

Este ensayo analiza la falta de identidad que envuelve al latinoamericano en su desarrollo en una sociedad pre capitalista. Desde que las regiones americanas fueron colonizadas, Europa ha creado un sistema de orden mundial determinada por dos ejes: dominadores e dominados, en la que los dominadores otorgaron significados a los dominados en su “descubrimiento”, por tanto, es fundamental comenzar con el análisis del significado sobre modernidad y sobre las repercusiones que este pensamiento moderno genera en el orden mundial y sus consecuencias en el ámbito económico, político y cultural.



Seguidamente el trabajo busca diferenciar los factores que incitan a la enajenación de las diversas culturas del Sistema Sur. La enajenación cultural es producida por la subjetividad europea, por tanto se analizará la enajenación del Sistema Sur para comprender como se reproducen los aspectos de colonialidad.

En consecuencia, la colonialidad planteada y analizada desde la perspectiva de Anibal Quijano abarca y profundiza el concepto de subalternidad que se ha producido en el pensamiento colonial a nivel global. Por tanto se intenta entender por qué la subalternidad es planteada desde la inferioridad del otro en la relación centro-periferia. Dicha preposición busca responder la pregunta de investigación del artículo, al plantear la razones por las que el hombre se proyecta en un ser que se propone implementar como uno mismo ¿Por qué la representación de colonialidad y la sub-alternidad generan imágenes de incompletitud en el latinoamericano?

Es así que se analiza el desarrollo del americano en la construcción de una nueva identidad, y después de su separación como colonia de las grandes potencias europeas desde la perspectiva trabajada por Anibal Quijano para poder considerar la necesidad de una nueva construcción identitaria compleja que, gracias a estos procesos de construcción complejos, se articulan en determinadas estructuras sociales, económicas y políticas en los países latinoamericanos.

Fundamentos que constituyen una falta identitaria

El segundo milenio corresponde a los descubrimientos imperiales¹, y por tal, América Latina está compuesta por un conjunto histórico cultural contemporáneo virtualmente rehecho por la invasión y la dominación europea desde fines del siglo XV. Después de una gigantesca catástrofe demográfica y de siglos continuados de dominación occidental, América Latina se encuentra en un periodo de reoriginalización cultural.

Es a su capacidad de constituirse como algo diferente de lo que fue antes de la conquista. No se trata de una prolongación en ese sentido, sino, insisto, de algo donde lo que existió antes está, pero está presente a través de las otras cosas; no como algo independiente, sino que está a través de sí misma, permanentemente modificada por su relación con los otros elementos. (Quijano, 1991, p. 46).

Es así que el primer contacto de América Latina con Europa constituyó el descubrimiento de un nuevo continente. El descubrimiento fue entendido en una concepción recíproca: quién descubre es también descubierto y viceversa. Para Boaventura de Sousa Santos (2006), el descubrimiento envuelve una relación de poder y de saber, es descubridor quien tiene mayor poder y saber, por tanto, tiene mayor



capacidad para declarar al otro como descubierto. En el caso de América Latina y Europa, se presenta la dinámica de poder en Europa sobre América Latina: descubridor y descubierto.

El descubrimiento imperial tiene dos dimensiones: una empírica, el acto de descubrir, y otra conceptual, la idea de lo que se descubre. Contrariamente a lo que puede pensarse, la dimensión conceptual precede a la empírica: la idea sobre lo que se descubre comanda el acto del descubierto y sus derivaciones. La especificidad de la dimensión conceptual de los descubrimientos imperiales es la idea de la inferioridad del otro. (De Sousa Santos, 2006, pp. 117,118).

Boaventura (2006) describe la idea del salvaje desde la concepción aristotélica de esclavitud natural. Esta teoría contempla a la naturaleza en dos partes: una superior destinada a mandar y; otra inferior destinada a obedecer. En esta concepción, el inferior está total o parcialmente privado de razón y voluntad, llegando a concebir al salvaje como medio animal, medio hombre, monstruo, demonio, etc. Dicha matriz conceptual determina la definición de “nosotros”, la que determino la definición de “ellos”. Y en el segundo milenio, América y África fueron el lugar por excelencia del salvaje, en tanto que América fue considerada el modelo de conquista y colonización que prevaleció en el “Nuevo Mundo”. Por consiguiente, la referencia a América y a los pueblos indios sometidos al yugo europeo generó el debate fundador sobre la concepción del salvaje en el segundo milenio.

El paradigma del descubrimiento imperial se base en la violencia civilizatoria de Occidente contra lo no-Occidente, por su parte, De las Casas (1992) confronta la liberación y la emancipación de los pueblos indios, considerados seres racionales y libres, dotados de instituciones y culturas propias, donde la única relación legitimada era el diálogo constructivo sustentado en razones persuasivas. Así que se denuncia la declaración de la inferioridad de los indios como un artificio para compatibilizar la explotación en cumplimiento del dictado de “la fe y las buenas costumbres”.

Para Boaventura (2006), el descubrimiento no se limita a establecer esa inferioridad, al contrario, el Occidente ratifica su superioridad al legitimar la inferioridad “del salvaje” y la profundiza para poder determinar las relaciones entre descubridor y descubierto. Entonces, los descubridores sustentan el poder en la producción de la inferioridad a través de múltiples estrategias de inferiorización, como: la guerra, la esclavitud, el genocidio, el racismo, la descalificación, la transformación del otro en objeto o recurso natural y una vasta sucesión de mecanismos económicos, políticos y culturales.



La amenaza que representa la dominación de Occidente se va legitimando en el transcurso del tiempo a través del conocimiento impartido y difundido durante la colonia en toda América Latina. Es decir que, el único conocimiento reconocido como racional proveniente de Europa era impartido a los pueblos nativos americanos, sometidos a un proceso de re-educación y re-culturalización. Dicha violencia civilizatoria fue ejercida en la destrucción de los conocimientos nativos tradicionales y de la inculcación del conocimiento y la fe “verdadera”. Las estrategias de educación son concebidas como estrategias de poder y dominación.

La dominación de Occidente ejercida en violencia civilizatoria fue establecida a través de categorías mentales como estrategias de poder y dominación. Entre las categorías mentales referentes a la modernidad se concibe el de raza, etnicidad y nación.² De entre esas categorías la idea de raza es comprendida en un sentido moderno, su concepción hace referencia a América respecto a las diferencias fenotípicas entre conquistadores y conquistados. La formación de las relaciones sociales fue estructurada en base a los fundamentos identitarios entre indios, negros y mestizos, para posteriormente comprender al Español y Portugués en una categoría de europeo con significado de una identidad nueva, respecto a una connotación racial.

A medida que las relaciones sociales se configuraban en relaciones de dominación en base a las identidades raciales, se fueron asociando jerarquías, lugares y roles sociales correspondientes y en favor al patrón colonial que se imponía a las nuevas identidades raciales descubiertas en América. Raza e identidad racial fueron establecidos como instrumentos de una clasificación social básica en la población.

La categoría de raza es aplicada por primera vez a los “indios”, no a los negros, abstrayendo desde la colonización la clasificación social de la población mundial. Quijano (2014) sustenta que los colonizados codificaron como color los rasgos fenotípicos de los colonizados y lo asumieron como la característica emblemática de la categoría racial, y por consiguiente, la posición que ocupaba el dominante en esta estratificación racial que subyace en la categoría de “blanco”.

Para Quijano (2014), la globalización en curso fue la culminación de un proceso que comenzó con la constitución de América y la del capitalismo colonial/moderno y eurocentrado instituido en un nuevo patrón de poder mundial.

Uno de los ejes fundamentales de ese patrón de poder es la clasificación social de la población mundial sobre la idea de raza, una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial y que desde entonces permea las



dimensiones más importantes del poder mundial, incluyendo su racionalidad específica, el eurocentrismo (Quijano, 2014, p. 777).

El origen colonial sería establecido en la colonia, y se ha establecido en el sistema americano de forma duradera y estable con una matriz establecida en los sistemas políticos, sociales y económicos de desarrollo feudo-capitalistas.

En América, la idea de raza fue un modo de otorgar legitimidad a las relaciones de dominación impuestas por la conquista. La posterior constitución de Europa como nueva id-entidad después de América y la expansión del colonialismo europeo sobre el resto del mundo llevaron a la elaboración de la perspectiva eurocéntrica de conocimiento y con ella a la elaboración teórica de la idea de raza como naturalización de esas relaciones coloniales de dominación entre europeos y no-europeos. (Quijano, 2014, p. 779).

Históricamente el sistema racial de estratificación y legitimización de dominio, ha representado el instrumento de dominación social universal. Los pueblos conquistados y dominados fueron situados en una posición de inferioridad, y en consecuencia, también sus rasgos fenotípicos, y sus descubrimientos mentales y culturales.

En consecuencia, las estructuras de colonialidad continúan presentes, pues sus diferentes configuraciones están caracterizadas por relaciones de jerarquías social y culturales entre lo europeo y lo no-europeo. Los procesos de América Latina se mantienen en una estructura jerárquica étnica dentro de una categoría mental. Las identidades se estructuran en el origen de opresiones representadas en la relación señor-esclavo concebidas en todo tipo de formas de vida: en la reproducción económica, política y cultural. El racismo hace parte del imaginario colonizador, por lo que hace imperioso deconstruir la idea de raza porque la colonialidad abarca y profundiza el concepto de subalternidad producida por el pensamiento global.

Es de destacar que las concepciones dicotómicas tienen un fuerte componente de especulación: “cada uno de los términos de la distinción se mira en el espejo del otro.” (De Sousa Santos, 2006, pp. 120,121).

Fundamentos de la modernidad Occidental

La naturaleza y la modernidad mantienen una relación compleja y se articulan en la colonialidad.

Los cambios en la construcción simbólica de Oriente a lo largo del milenio encuentran su correspondiente en las transformaciones de la economía mundial. Hasta el siglo XV, podemos decir que Europa, y por tanto Occidente, es la periferia de un sistema-mundo con su centro localizado en Asia Central y en India. Solo a partir de la mitad del milenio,



con los descubrimientos, ese sistema-mundo es sustituido por otro, capitalista y planetario, cuyo centro es Europa. (De Sousa Santos, 2006, p. 119).

Es así que los saberes son producidos por europeos y para europeos, que a su vez han producido formas de pensamiento subalterno concluido en la auto-representación de la modernidad occidental.

De la misma manera que la construcción del salvaje, también de la naturaleza obedeció a las exigencias de la constitución del nuevo sistema mundial centrado en Europa. En el caso de la naturaleza, esa construcción se sustentó en una revolución científica de donde salió la ciencia tal y como hoy la conocemos, la ciencia moderna. (De Sousa Santos, 2006, p. 125).

La idea de superioridad intrínseca de Occidente desarrolla la conjunción de una serie de características peculiares sobre desarrollo científico, cultural económico y político. En consecuencia, el desarrollo europeo marcó un camino al resto del mundo pues se estableció una regulación y dominación.

El paradigma de modernidad contiene dos formas importantes de pensamiento. En primera instancia, el eje que se denomina Occidente/no-occidente u Occidente/Sur contiene, simultáneamente, una relación entre la civilización y su contrario, la naturaleza y el salvaje, y en consecuencia la superioridad de Occidente se constituye en ser simultáneamente Occidente y Norte. Por tanto, lo que se comprende desde la teoría europea, el descubrimiento del americano ha sido marcado por el pensamiento racional y civilizado representado e intervenido por lo europeo como centro, lo que corresponde al análisis de la representación de la teoría de descubrimiento europea respecto a la acción de control y sumisión de la periferia.

Occidente condiciona un espacio de alteridad determinando al salvaje en un espacio de inferioridad.

El salvaje es la diferencia incapaz de constituirse en alteridad. No es el otro porque no es siquiera plenamente humano. Su diferencia es la medida de su inferioridad. Por eso lejos de constituir una amenaza civilizatoria, es tan solo la amenaza de lo irracional. Su valor es el de su utilidad. Solo vale la pena confrontarlo en la medida en que es un recurso o una vía de acceso de un recurso. La incondicionalidad de los fines – la acumulación de metales preciosos, la expansión de la fe – justifica el total pragmatismo de los medios: esclavitud, genocidio, apropiación, conversión, asimilación. (De Sousa Santos, 2006, p. 122).



El éxito de Europa occidental se reafirma en ser el centro moderno del sistema-mundo conforme a la funcionalidad del eurocentrismo como rasgo común de todos los dominadores coloniales. Los colonizadores ejercieron diversas operaciones que llevaron a condiciones de configurar el relacionamiento de intersubjetividad de dominación entre Europa y las demás regiones del mundo. Europa, en su condición de centro, mantuvo el control del mercado mundial y pudo imponer su dominio colonial sobre las regiones del planeta como forma de controlar el poder. En Quijano (2014) se hace manifiesto que el proceso de re-identificación histórica atribuye nuevas identidades geo-culturales a las regiones y poblaciones descubiertas.

El proceso de re-identificación histórica de nuevas identidades geo-culturales otorga a Europa el control de todas las formas de subjetividad establecidas en la colonia. Las formas de subjetividad son cuestiones en su identificación cultural y en especial en la producción de conocimiento. De tal forma que, las reflexiones ya discutidas sobre racismo es una categoría implementada a partir de la modernidad capitalista que exige la existencia de una *blanquitud* como condición de edad moderna y de condición civilizatoria.

Un racismo identitario promotor de una *blanquitud civilizatoria* es constitutivo del tipo de ser humano moderno capitalista. Sin embargo, este tipo de racismo identitario de la modernidad puede adoptar un radicalismo o fundamentalismo étnico dispuesto a ser discriminador y con objetivo de eliminar al otro.

Desde este punto de vista, Echeverría (2007), define la representación de disconformidad a partir de una cierta irracionalidad de la edad moderna, que fue originada y mantenida desde el capitalismo, pues para él, la concepción Weberiana de capitalismo plantea la aptitud de asumir la práctica ética del cristianismo protestante, en especial del protestantismo calvinista o puritanismo en un fundamento étnico conectada a las características raciales de los individuos. Un cierto comportamiento que la vida económica es un requerimiento étnico emanado de la economía en la que el *ethos* es emanado del centro de Europa. La problematización de las reflexiones de Max Weber reconoce un “racismo” constitutivo de la modernidad capitalista, ese racismo exige la presencia de una *blanquitud* de orden étnico o civilizatorio como condición de la humanidad moderna.

Uno de los ejes fundamentales de ese patrón de poder es la clasificación social sobre la idea de raza, la experiencia básica de la dominación colonial que permea en las



dimensiones más importantes del poder mundial, incluyendo la racionalidad específica proveniente de Europa.

La subalternidad condicionada a una imagen de incompletitud

El rasgo de *blanquitud* se consolida de forma casual o arbitraria sobre la base de la apariencia étnica de la población europea noroccidental, poco a poco esta caracterización étnica se convirtió en un ícono de representación de la identidad moderna, la caracterización de una identidad civilizatoria que incluyó estereotipos de las culturas de poder pertenecientes a la raza blanca. El rasgo de *blanquitud* dejó de lado las singularidades o los colectivos que no fueran occidentales para establecer una relación de subordinación al orden identitario impuesto por la modernidad capitalista.

En consecuencia, a la condición identitaria moderna, se exige una apariencia étnica correspondiente a la población europea occidental, al mismo tiempo de exigir una condición nacional moderna con un determinado establecimiento de las instituciones estatales; la misma condición cultural y color como determinantes del rasgo esencial y distintivo de esa *blanquitud*. Estas formas de distinción como estructura moderna y condición para el desarrollo de las sociedades americanas coloniales y pos-coloniales generaron estereotipos que corresponden a la nación moderna, en la que la población no-blanca precisa seguir los parámetros de *blanquitud*, estableciendo, más una vez, una condición subalterna y de dominado frente a las formas occidentales.

Con la finalidad de prevalecer una organización capitalista de la económica, el racismo será una condición indispensable de la “*vida civilizada*” para mantener una imagen occidental. Para Echeverría (2007), esta función social es entendida desde un racismo normalizado de la modernidad capitalista porque exige que los más “ablancados” entre los mestizos – población híbrida conformada entre los blancos colonizadores y los indígenas – siguiera un criterio de clasificación social racial para ordenar el campo del trabajo, que repercutiría a nivel global. Las atribuciones racistas de nuevas identidades sociales fueron combinadas en América en la distribución racial del trabajo y formas de explotación del capitalismo colonial. En consecuencia, se reprodujeron una exclusiva asociación a la *blanquitud* para respetar los mandos de la administración colonial y pos-colonial en toda América.

La reproducción del racismo introducido en la colonia fue preservada, encontrando casi intactas las mismas formas de reproducción de dominación, esa misma justificativa se encuentra en Echeverría (2007) para entender las formas vigentes de estratificación del trabajo.



En el contexto que nos interesa, es importante señalar que la “santidad económico-religiosa” que define a este “grado cero” de la identidad humana moderno-capitalista, que caracteriza a este nuevo tipo de ser humano, es una “santidad” que debe ser visible, manifiesta; que necesita tener una perceptibilidad sensorial, una apariencia o una imagen exterior que permita distinguirla. La modernidad de un individuo, lo efectivo de la interiorización que ha hecho del éthos puritano capitalista, es decir, su “santidad” o el hecho de haber sido elegido por la gracia divina, es reconocible antes que nada en el alto grado de productividad del trabajo que le toca ejecutar. Lo evidentemente productivo de su actividad en lo que lo ubica por encima de la línea que separa tajantemente a los “winners” (triunfadores) o “salvati” de los “losers” (perdedores) o “sommersi”. Pero no se manifiesta sólo en este dato estadístico; también se muestra en la imagen que corresponde a esa santidad evidente, en todo el conjunto de rasgos visibles que acompañan a la productividad, desde la apariencia física de su cuerpo y su entorno, limpia y ordenada, hasta la propiedad de su lenguaje, la positividad discreta de su actitud y su mirada y la mesura y compostura de sus gestos y movimientos. (Echeverría, 2007, p. 3).

Para Quijano (2014), el capitalismo es una nueva estructura de control del trabajo, pues todas las formas de explotación del trabajo y de control de producción-apropiación-distribución de productos fueron articuladas alrededor de la relación capital-salario, dejando enclavadas la esclavitud, servidumbre, la pequeña producción mercantil, la reciprocidad y el salario.

Es decir que, para Quijano (1991) la modernidad está ligada a los fines del poder del capital³, pues la configura respecto al sentido de la razón instrumental. Esta relación se insiere en la lógica de nuestras sociedades actuales en la parte dominante de la sociedad. Los fenómenos de identificación social son mucho más marcados pudiéndose encontrar el carácter clasista de los sectores dominantes. En este análisis, se refiere a la herencia colonial con gran carga racista que delimita las relaciones de poder entre las cúpulas de las sociedades americanas. La conformación de una nueva oligarquía con predeterminadas estructuras de poder y dominación en torno a la lógica de la modernidad occidental repite las mismas formas de explotación y control de la producción-apropiación-distribución de los productos del capital.

La modernidad, como apunta Quijano, configura el sentido de razón instrumental, que es la que se encuentra detrás de la modernización que penetra en la historia de América Latina.



Por tanto, (...) la cultura criollo-oligárquica es el resultado privilegiado de ese desencuentro entre la modernidad en el otro sentido, es decir, como idea de liberación, con respecto a la historia de América Latina. En esta perspectiva debe señalarse que la cultura criollo-oligárquica no debe verse tanto como un problema simplemente de extinción, sino que, en primer término, lo que ya ha terminado es su carácter hegemónico que le permitiría estar superpuesta al resto de las culturas existentes en América Latina. (Palermo & Quintero, 2014, p. 47).

La relación entre la oligarquía y los otros sectores de la población mantiene conflicto entre los intereses sociales y de identidad social, por lo que el núcleo dominante busca participar en el proceso de formación de la burguesía transnacional, mientras que los sectores medios para abajo, esta relativa crisis de identidad social produce una re-emergencia de identidades de tipo étnica, y en esta razón, una búsqueda creciente de identidad. “Entonces, lo que tenemos no es un proceso lineal, en el cual la modernización despeja lo tradicional, (...) Todo eso, reitero, es nuevamente una manera de razonamiento euro-centrista perteneciente a las formas de pensar del viejo modo europeo.” (Palermo & Quintero, 2014, p. 48).

Cuestionamiento del proyecto oligárquico

El discurso de degeneración racial de la ciencia moderna europea, dota de cierta autoridad a los prejuicios existentes persistentes desde la colonia. En consecuencia, la idea de raza, con justificativa de los prejuicios reproducidos por la oligarquía en las sociedades americanas, se refiere a la artificiosidad para comprender mejor una categoría clasificatoria integrada en discursos que organizan intereses y conflictos sociales entorno a las “formaciones raciales”.

Es imprescindible retomar la idea de salvaje, diseñada por el europeo, debido a que para dominar y nominar a los subalternos de la región americana, aquella zona previamente habitada por agentes a la cultura europea, es retomada por la nueva clase dominante pos-colonial: la oligarquía. El discurso adaptado para dominar aquellos nacidos en la misma tierra, es un discurso discriminatorio y racista que enaltece al blanco. La oligarquía se reconoce y autoafirma como blanca, pues, en su sangre mantiene rasgos salientes en diferencia a las clases bajas y medias en las sociedades americanas.

Al mismo tiempo, esa oligarquía que desprecia su propia cultura, orienta y adopta políticas de orden material y moral favorecidas a las corrientes migratorias con el que el viejo continente ha contribuido en el siglo XV. La oligarquía busca la preservación e inclusión de la *blanquitud* en la forma étnica de una determinada cultura, despreciando



aquellas regiones como Bolivia, Perú, Ecuador, con predominancia indígena, señalados como países latinoamericanos menos favorecidos, ya que su proporción de “sangre extraña” no permite su desarrollo e determina y condiciona su “modernización” y la constitución de los Estado-nación.

Para Gomes (2005), las manifestaciones de discurso racista de los intelectuales de las oligarquías de América Latina se manifiestan en cierta anormalidad del todo común a los pueblos de igual estirpe y mismo abolengo. Esa oligarquía desprecia su cultura y caracteriza su desarrollo en sentido inverso a la asociación humana, por haber pasado de un estado defectuoso a otro peor, por el descuido o incapacidad de preservar la modalidad mestiza, que se ha ido imponiendo.

En este plano existe una consistencia elocutiva en la caracterización del Otro racial. La Psicología analítica suele referirse a este tipo de fenómenos como proyecciones de sombras, atribuciones al Otro, en general, exteriorizaciones de aquello que en nuestra propia psique resulta amenazador, indeseable y, por lo tanto, se reprime u oculta. El racismo se relaciona con esos mecanismos⁴.

Para pensar el futuro

La búsqueda de una fuente formadora de identidad sobre diversas étnicas busca una fuente de procedencia étnica. Es así que Boaventura (2006) describe la contradicción social de la identidad y de la transformación en el mundo moderno de Occidente, se basa en una ecuación entre raíces y opciones. Esta ecuación confiere el pensamiento moderno en un carácter doble: Pensamiento de raíces y pensamiento de alternativas. En primer lugar, el pensamiento de raíces es tomado como el pensamiento de todo lo profundo, todo aquello que permanece único y singular, todo lo consistente que genera seguridad; en segundo lugar, el pensamiento de alternativas, representa lo variable, sustituible e indeterminado a partir de las raíces. La diferencia fundamental entre ambas reside en su contraposición, así como el pensamiento de raíces comprende el pasado y el pensamiento de alternativas contempla el futuro. Entonces, el pasado solo es una manera específica para construir el futuro.

Desde la hermenéutica, se estudian a las culturas constituidas en una incompletiitud, sin embargo, pueden ser enriquecidas por la confrontación de otras culturas. “La hermenéutica diatópica es un ejercicio de reciprocidad entre las culturas que consiste en transformar las premisas de argumentación de una cultura determinada en argumentos inteligibles y creíbles en otra cultura.” (De Sousa Santos, 2006, p. 182)



Por tanto, la idea y sensación de carencia e incompletitud para fructificar y justificar el cruce de motivaciones convergentes de diferentes culturas, saberes y prácticas motivan la convergencia presente en diferentes culturas. Así como el proceso hermenéutico incluye a las culturas incompletas, este estudio se contrasta con la absorción de culturas teorizada por Oswald (1928), la antropofagia, en la que teoriza la capacidad del americano para devorar todo lo extranjero e incorporarlo. Se constituye, por tanto, una identidad más compleja, nueva y constantemente cambiante.

Este tipo de complementariedad revisada por Boaventura (2006) indica que otras culturas o procesos de enajenación son presentadas en partes de una sociedad, es decir, son articuladas por las elites, que precisamente se las arreglan para realizar la antropofagia carnal.

Finalmente, para Quijano en la entrevista que otorga a la Revista del Centro de Educación y Cultura (1991), este proceso de articulación entre culturas, parte del proceso de descubrir y reconocer quienes somos. Construir nuestras propias teorías, constituir nuestros propios procesos políticos y desarrollar nuestras propias formas económicas. La identidad al ser un proceso histórico, no puede ser definida, pues ninguna utopía de identidad tiene sentido. Esta articulación constituiría la desacralización de las jerarquías sociales o individuales, que podríamos llamar de democracia. Por ello, América Latina es una de las sedes importantes para las posibilidades de otra racionalidad, debido a todas sus otras dimensiones.

Conclusiones

Desde Quijano, el debate de hoy en día sobre identidad en América Latina, en gran parte es el resultado de todo el proceso de la formación de dominación en la sociedad, en la que los fenómenos de identificación social son mucho más marcados, pudiendo encontrar el carácter clasista de los mismos sectores dominantes, que en la actualidad es mucho más visible. El conflicto de la burguesía en su falta de identificación nacional, se transluce en su búsqueda de participación de la burguesía transnacional condicionados a los factores de modernidad establecidos en los parámetros occidentalizados.

Es por la misma razón, en el entendimiento de los procesos de alienación, lo central es el problema de la identidad en entender quiénes somos. En las consideraciones de Quijano, el postulado de que existe una identidad que tenemos que descubrir o reconocer es un proceso, un proyecto y un movimiento histórico de construcción a partir de la relación colonial.



El estudio llegó a la consideración que comprende a la hermenéutica como determinante de la incompletitud de las culturas, y la construcción de una nueva identidad, que busca consumir esa incompletitud manifestada en la capacidad de absorber todo lo extranjero (moderno) y adaptarlo para construir una identidad compleja. Desde la perspectiva de Quijano podemos encontrar en América Latina dos vertientes culturales que se juntan, por ello es importante un proyecto de racionalidad alternativa.

La racionalidad alternativa es una construcción de la totalidad histórica en articulación a muchas cosas diversas que devienen de fuentes históricas diversas, que no completan un sistema o un organismo.

Es preciso reconstruir el espacio para una unión regional, ya que la relación de poder fue ocupada cultural, económica, política y epistemológicamente.

Reflexiones Finales

El efecto más negativo del sector sur, se estructura al inicio del colonialismo, concentrando las energías en la adaptación y resistencia a las imposiciones del Occidente. La identidad periférica significa una relación que no fue constituida por sí misma, que es asimilada por lo extranjero. Por tanto, ese descubrimiento del nuevo mundo representó una fractura a la identidad que se mantiene establecida a una relación de poder, que, para América Latina comienza hace 500 años.

América en el mundo moderno-colonial sufre un proceso de perifización, una virtual construcción a partir de nada. Por tanto, el desarrollo del Sur se llevó de forma desfavorable porque el proyecto forzó continuamente al pueblo no-occidental a separar sus energías de transformación social a favor de resistir al dominio cultural, político y económico de Occidente.

Con el estudio de decolonismo y subalternidad se genera una pérdida de confianza epistemológica de la ciencia moderna. No obstante, la gravedad de los epistemicidios cometidos por la modernidad hegemónica eurocéntrica impulsa a generar nuevas teorías desde el pensamiento decolonial epistemológico que se encuentra en la obligación de darle sentido a la enajenación científica.

Para terminar esta investigación, es importante traer a debate la reflexión sobre nuestra posición como periferia en el sistema mundo, en referencia a la construcción y formas político históricas que tienen formado grandes procesos de enajenación entre la cultura europea y una cultura Latina. Si bien los grandes debates del Siglo XXI, se encuentran ligados a la democracia, socialismo y liberalismo, estas siempre partieron de un



paradigma eurocéntrico, no obstante, la formación de la identidad nacional y de América Latina aún se encuentra problematizado, porque resulta difícil extraer el eurocentrismo en la concentración del pensamiento de identidad.

Notas

- 1 Tratado por Boaventura De Santos Sousa en su libro Conocer desde el Sur.
- 2 Para un mejor abordaje ver "Raza, etnia y nación" en Mariategue: cuestiones abiertas en Anibal Quijano: Textos de fundación.
- 3 Quijano en entrevista para la Revista del Centro de Educación y Cultura, No 10, Lima, enero de 1991, pp. 42-57.
- 4 Para conocer más sobre este tema revisar El ensayo enfermo: Alcides Arguedas y la radiología.

Bibliografía

- De Andrade, O. (1928). Manifiesto antropófago. Revista de Antropofagia.
- De las Casas, B. (1992). Obras completas, t. X. Madrid: Alianza Editorial.
- De Sousa Santos, B. (2006). Conocer desde el Sur: Para una cultura políticamente emancipatoria. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.
- Echeverría, B. (2007). Imágenes de la "blanquitud". Ciudad de México: Siglo XXI.
- Gomes, M. (2005). El ensayo enfermo: Alcides Arguedas y la radiología. Cuadernos del CILHA, 17-35.
- Palermo, Z., & Quintero, P. (2014). Anibal Quijano: Textos de fundación. Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. Buenos Aires: CLACSO.
- Velarde, N. (1991). Anibal Quijano: La modernidad, el capital y América Latina nacen el mismo día. Revista del Centro de Educación y Cultura, 42-57.